

Fragmentos
del diario de

Edward Weston



Tina Modotti, Edward
Weston en México, 1923

Agosto 20. Avenida del Hipódromo 3, Colonia Nápoles, Tacubaya, México, D.F. A 40 minutos en trolebús de la ciudad.

Rentamos una vieja y hermosa hacienda por seis meses; diez cuartos, cada uno de los cuales da hacia un amplio patio de 25 por 30 metros, lleno de enredaderas, arbustos y árboles. La casa es de ladrillo con techos altos y grandes ventanales arqueados y enrejados, sólidamente protegidos, como sugiriendo un posible ataque. La primera noche que pasamos en ese lugar fue sumamente estimulante para la imaginación; fui despertado por unos disparos justo debajo de mis ventanas —luego, silencio, no se escuchaba siquiera sonido de pasos. Bueno, no vine aquí a buscar la tranquilidad del campo.

Los muros de ladrillo de nuestra casa tienen casi medio metro de espesor, enyesado por dentro y por fuera. Los anteriores ocupantes habían tapizado las paredes con resultados desastrosos, y yo, maldiciones aparte, estuve trabajando un buen rato para removerlo, mientras el casero observaba estupefacto.

Evidentemente, la clase media mexicana no tiene mejor gusto que la clase media norteamericana; las ventanas del frente me abrumaban con la mayor conglomeración imaginable de adornos inútiles. Cuando el mexicano imita al norteamericano lo hace en el peor sentido, y, por supuesto, también sucede lo contrario: basta recordar las casas californianas estilo colonial mexicano o "español". Aquí, la nueva arquitectura es tipo "Hollywood", por demás incongruente con la belleza de la anterior cultura. Pero el pasado aún domina: las viejas iglesias se levantan como fortalezas inexpugnables —muy diferentes del nuevo y superficial estilo de vida que las rodea. La Catedral es majestuosa e impresionante, sobre todo cuando se tañen sus grandiosas campanas. El Zócalo, la plaza ubicada frente a Catedral, está lejos de semejar a la mala escultura contemporánea. Cerca de ahí un par de traviosos mocosos jugaban alrededor de una fuente adornada por una enorme Venus, hacia la que uno siente el impulso

de voltear y abrazarla, besar sus labios de piedra, y reír maliciosamente. Es raro encontrar una mujer hermosa —tal vez porque no andan en las calles— y las de clase alta se visten con un espantoso mal gusto. ¡Quizá esperaba encontrar chales y mantillas! Hago excepción, por supuesto, de los indígenas y su ropaje, tanto de los hombres como las mujeres. Con frecuencia se trata de gente muy hermosa, tienen porte y dignidad. Sin embargo, en todos lados se encuentran despojos humanos; sucios y mutilados mendigos pidiendo limosna insistentemente.

Las pulquerías —bares— donde los indígenas encuentran consuelo a su gloria perdida, son la nota de mayor colorido de la vida contemporánea en la ciudad, y los siguientes nombres de algunas de ellas demuestran el espíritu romántico e imaginativo de los indígenas:

"Sin Estudio"
"La Primavera"
"Un viejo amor"
"El gato negro"
"Las flores"
"La camelia"
"La dama blanca"
"La esperanza en el desierto"
"Sobre las olas"
"La perla de la piedad"
"El asalto"
"La muerte y la Resurrección"
"Las primorosas"
"La gloria de Juan Silveti"

¡Imagínense las cantinas norteamericanas con semejantes nombres! Tal vez si los tuvieran, nunca hubiésemos votado por la dieciochoava enmienda! ¹ Y que los indígenas tienen sentido del humor, lo comprobé cuando leí la siguiente inscripción en una carreta tirada por mulas: "¡Viva el rápido!" —Salud a ese descendiente de Swift!

Establecerse, comenzar la vida de nuevo partiendo de cero, no es fácil, especialmente cuando se carece de dinero, y más si se tienen deseos difíciles de satisfacer. El mobiliario ha sido un problema, el que hay en las tiendas es caro y horrible, finos ejemplares del mejor "estilo de moda", magníficamente barnizados, pero feos y pretenciosos. Los trastes y otros detalles fueron igualmente difíciles de encontrar hasta que alguien sugirió ir al "Volador"² el mercado de los ladrones. Ahí encontramos todos los artículos imaginables para satisfacer cualquier gusto; regresamos a casa con loza de Puebla, platos y floreros, piezas modernas e imperfectas, claro, pero bellas en forma y color. Conseguimos un

¹ La reforma que dio pie a la famosa "Ley seca" en E.F.U.U. en los 20's.

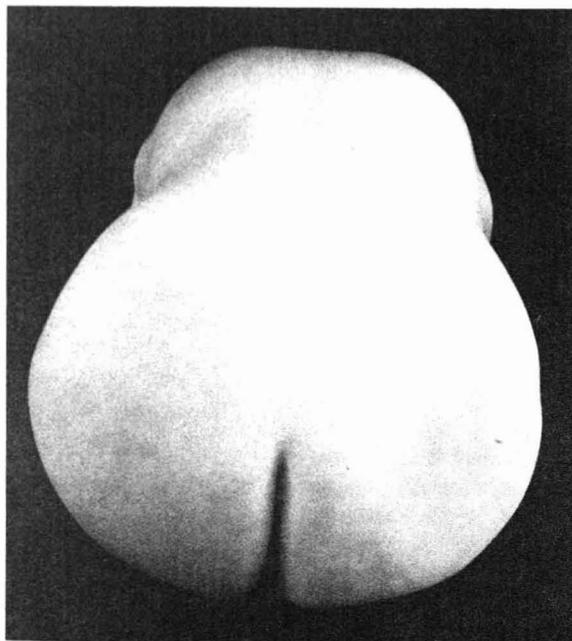
² El volador, ubicado en el lado sur del Palacio Nacional, desapareció al construirse la Suprema Corte de Justicia.

par de candelabros de bronce a dos pesos cada uno, y además, un viejo cofre labrado que Gould's en Los Angeles podría haber vendido a cualquier viuda de rico por cien dólares y que, después de mucho regateo por parte de Tina, fue nuestro por quince pesos. Y, ¡ah claro! , un collar de dieciocho hermosas cuentas de ámbar —sin cortar—, medio escondido en el amontonado puesto de un italiano, ¡por sólo dos pesos!

Agosto 23. ¿Terminaremos de establecernos alguna vez? ¡Qué confusión! Pintores y plomeros trabajando y tratando de complacer a los recién llegados. ¡Vaya idiotas! La forma de trabajar es la misma en cualquier parte, los trabajadores se toman su tiempo, y uno se impacienta de no ver las cosas terminadas. “Es el bolchevismo” —señala nuestro casero— “ha echado a perder al trabajador en México. Nosotros somos gente conservadora. No lo queremos”.

Los pintores, estoy seguro, piensan que estamos locos, porque preferimos los techos de vigas descubiertas en lugar de las mantas de cielo que se usan para ocultarlas. Nuestros amigos también piensan que estamos chiflados por mudarnos tan lejos de la ciudad y esperar todavía que nuestros clientes vengan hasta acá. Dudan mucho del resultado de nuestra aventura. Pero vaya, seguramente no he venido hasta México para abrir un estudio comercial en la calle más céntrica de la ciudad — ¡mejor me hubiera quedado donde estaba! Dificilmente puedo atreverme a pensar qué sucederá más adelante. Sin embargo, no debo preocuparme; tal vez sorprendamos a nuestros preocupados amigos.

Hace unos días, Tina me llevó a ver las obras de Diego Rivera; unos murales para un edificio público.



Edward Weston, *Desnudo*

Más tarde lo conocimos. Lo que vimos es la obra de un gran artista; y él es grande también en el sentido físico de la palabra: alto y con un generoso abdomen — ¡una figura impactante! Lamento no poder conversar con él; ha vivido entre los más importantes artistas contemporáneos en París: Picasso, Matisse y otros sobre los cuales debe tener muchas anécdotas.

Después de la inspiración que dejaron en mí Rivera y su pintura, recibí una terrible decepción. Fuimos a Sanborn's. Lo que una vez fue un maravilloso palacio de azulejos ha sido redecorado y convertido en un típico restaurante norteamericano.

Los murales de Diego Rivera han provocado una tormenta de protestas por parte de los conservadores, pero él sigue adelante con su trabajo. No puedo imaginarlo teniendo oportunidad de hacer pinturas semejantes en cualquier edificio municipal norteamericano. El gobierno “del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” no da alas al gran arte. Sin embargo, existen ejemplos flagrantes del mal gusto oficial en toda la ciudad de México. Abundan las estatuas para toda clase de héroes; bordean el Paseo de la Reforma y se encuentran también en varios puntos de la Alameda; estatuas doradas, algunas de ellas tan vulgares como nuestra Diosa de la Libertad. Después de todo, las mentalidades y las aspiraciones de las clases medias son las mismas en todas partes.

Octubre 6. Domingo, Xochimilco. El comienzo a nuestra aventura de este día tuvo su lado humorístico; Tina, Llewellyn, Chandler y yo, con cámaras al hombro, lentes y tripiés, nos paramos en la esquina de Bucareli y Lucerna, esperando por el primer Ford “libre” que pasara. Al fin llegó, y en una rápida sucesión, otra media docena de autos apareció; los conductores, habiendo notado nuestro aparente deseo, hicieron una larga fila para tomar su turno y ofrecer sus servicios mediante un previo convenio. Uno por uno se fueron marchando, hasta que el sexto se rindió, aceptando la oferta de Tina por tres pesos y ni un centavo más.

El viaje a Xochimilco es memorable. El cielo mexicano, siempre dramático, presentaba un sorprendente espectáculo. Nubes de bordes dorados que presagiaban lluvia, se amontonaban contra un cielo azul intenso, mientras enfrente se erguía el Iztaccíhuatl —“La mujer dormida”—, más alto que la más elevada nube, vertiginoso y espléndido bajo la luz del sol. ¡Imposible creer que esto fuera Octubre! —el verdor primaveral de la hierba y de los álamos, la frescura del aire.

¡Viajábamos rapidísimo! Los taxistas mexicanos son los más audaces y brillantes que he visto. Tienen que serlo o desaparecen, porque —aparentemente— no existen leyes de tránsito. Rebasamos y fuimos rebasados por ambos lados, dábamos vuelta o cruzábamos hacia la izquierda a voluntad, y en cuanto a la velocidad, ¡me agarré fuertemente y contuve el aliento! Nos aproximábamos a las



Edward Weston, *Tina recitando*

orillas de Xochimilco. "Me recuerda Italia" —dijo Tina. "Sólo que más bello", añadió Llewellyn. Muros, muros de ladrillo, piedra o adobe; los mexicanos no cultivan jardines en el frente de sus casas. En vez de ello, plantan semillas de geranio en macetas colocadas entre las rejas de hierro forjado, que resaltan sobre las rosas y azules de las casitas que se doran bajo el sol. Ahora la arquitectura cambiaba definitivamente; aparecieron chozas con techos de paja, un montón de *pensamientos* surgidos de la nada cayeron en el regazo de Tina, seguidos por un jadeante muchacho indígena que trepó al carro para exigir sus 5 centavos, y por fin, ¡Xochimilco!

Los jardines flotantes que forman Xochimilco, fueron balsas hace mucho tiempo. Sobre ellas, los indígenas sembraban vegetales, plantaban flores y, gradualmente, la vegetación echó raíces en el lecho del lago y las balsas se convirtieron en islas, islas cubiertas de flores, divididas por canales no muy distintos a los de Venecia. El Domingo es un día de gala en Xochimilco. El agua estaba sembrada de lanchas o de largos botes cubiertos de lona, adornados con flores y llenos de gente festiva, gente alegre que cantaba o rasgueaba guitarras y se ponía "borrachita" con pulque o vino. Pronto nosotros también nos deslizábamos a través de los canales de agua,

pasando junto de viejas casas con techo de palma, sauces llorones y jardines de *pensamientos*, *lilas*, *no meolvides*, *violetas*. También cantamos y reímos y nos pusimos "borrachitos", pues desde el otro lado del canal una ligera canoa se acercó a servirnos pulque curado. Después otra canoa se detuvo a nuestro lado, esta vez con elotes asados, calientes gracias a un anafre que había en el centro de la lancha. La misma indígena nos preparó unas deliciosas enchiladas, tan sabrosas, que comimos una cantidad innumerable.

Poco tiempo después se acercó la muchacha de las flores, con su canoa llena de *pensamientos*, *nomeolvides*, *claveles*. "Señorita, señorita, ¡cinco centavos!" mientras nos mostraba un ramo de pensamientos, casi una brazada — ¡No pudimos resistirle!

Para mí los sauces de Xochimilco son árboles muy tristes. Son desafiantes también: altos, derechos, esbeltos como ciprés italiano, pero más elásticos y flexibles. A cada soplo de la brisa, se mecen sin ofrecer resistencia, inclinando sus copas en melancólica sumisión; ni las impetuosas corrientes de un río pueden ser más graciosas.

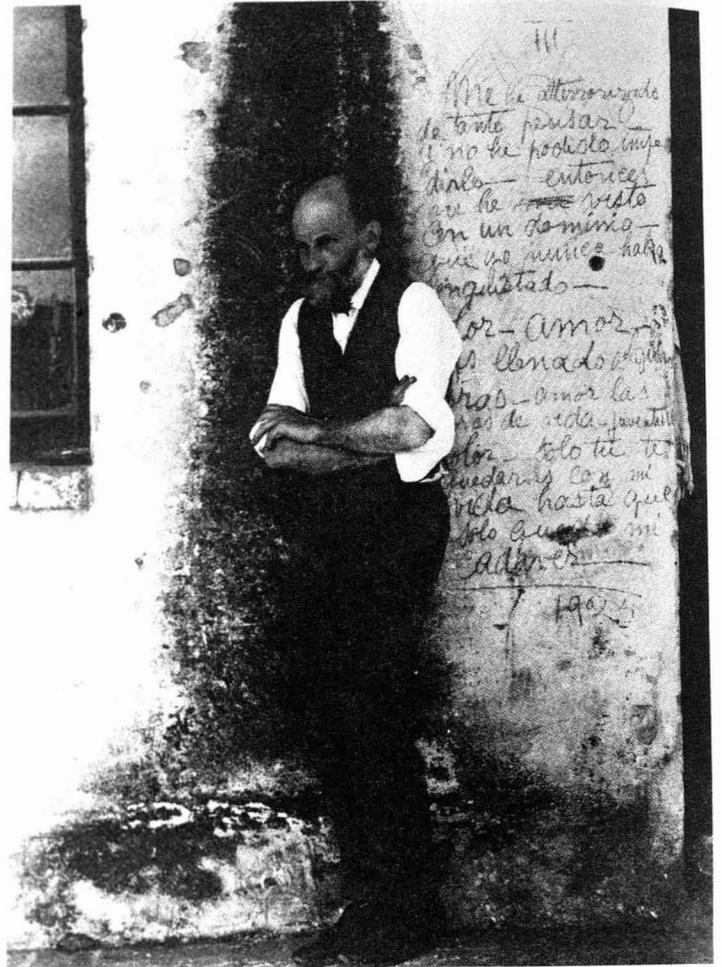
El tripulante de nuestra canoa era un indígena que se mantenía de pie en la proa, ayudándose con un largo remo; algunas canoas (sería mejor llamarlas barcas, son más grandes y la proa y popa son chatas y cubiertas con toldos) transportan veinte personas y son tripuladas por dos indígenas, uno en la proa y otro en la popa. Estos son grupos de gente alegre, canciones, bebidas y señoritas, o mejor dicho, "vino, mujeres y canto". Llevan sus cocineras y cocineros que les sirven alimentos calientes, utilizando anafres de carbón para cocinarlos, mientras otras criadas —muchachas jóvenes que se encargan de ver que ni un vaso se quede vacío—, mantienen la larga mesa de proa y popa llena de viandas. Para esta hora ya comenzaba a llover, pero no importaba, la canoa estaba cubierta con toldo. "Parada" —¡alto! le grité al indígena. Nos detuvimos cerca de un canal en el que flotaban los bellos lirios de color lavanda que había visto en Guadalajara. De algún sitio en la distancia, nos llegaron las notas de "Un viejo amor"; en la cercanía un joven cantaba "Adiós mi chaparrita"; nuestra canoa se deslizaba alegremente hacia su embarcadero.

Octubre 30. Primera exposición en la galería "Tierra azteca". La exposición ha estado abierta desde hace una semana; es un éxito. He conseguido lo que deseaba: causar sensación en la ciudad de México. Roubicek, el dueño de la galería, me dijo que nunca había tenido tanto público en ninguna exposición anterior.

Y yo nunca había tenido tanta y tan comprensiva e intensa apreciación. Entre los visitantes han estado muchos de los hombres más



Edward Weston, José Clemente Orozco



Edward Weston, Dr. Atl

importantes de México, y son los hombres los que vienen, hombres, hombres, hombres, diez de ellos por cada mujer; al contrario de lo que sucedía en E.E.U.U. Aquí los hombres son los que mantienen el panorama cultural, y es un alivio después de la cantidad de "Clubes femeninos" de Norteamérica, que son los que mantienen viva nuestra cultura.

La intensidad de esta apreciación y la manera emocionada en que los latinos la expresan, me ha llenado de satisfacción, sin embargo, viendo mis obras días tras día sobre las paredes me ha deprimido enormemente, porque sé cuán pocas de ellas alcanzan un nivel satisfactorio para mí, cuán poco de lo que hay dentro de mí ha sido expresado.

En cuanto al futuro, a duras penas me atrevo a pensar en él, porque todo lo que puedo ver por delante son días y días de hacer retratos profesionales, tratando de complacer a otra persona antes que a mí mismo. Ocho impresiones se han vendido hasta la fecha; la primera al Licenciado Ramón Mena, un arqueólogo, quien compró *Traje de Tehuana*, en la que posó Elisa. Best vino (Adolfo Best-Maugard) y ha sido de gran ayuda.

El segundo día, Robelo (Ricardo Gómez Robelo) vino. Una visita muy inesperada después de este largo silencio; fue una verdadera sorpresa. Nos dimos un largo y cariñoso abrazo, fue muy grato verlo. Robelo ha estado muy enfermo por lo que parece. Qué tanto, nunca lo admitiría —confinado en casa, no obstante su enfermedad, se encuentra escribiendo un libro sobre las pirámides de México.

Un interesante e interesado visitante fue el Dr. Atl, quien vino con Nahui Olín, su amante según

parece; una fascinante joven mexicana que ha pasado la mayor parte de su vida en París. Tina y yo comimos con ellos, luego fuimos a casa de Nahui —posteriormente hablamos del trabajo del Dr. Atl y Nahui Olín; sus libros y pinturas. Mientras caminaba por avenida Madero con Atl, parecía que todo mundo lo saludaba. A pie o en vehículo, lo llamaban o se inclinaban cortésmente hacia él.

Ayer en la tarde Diego Rivera visitó la exposición. Nada me ha complacido más que el entusiasmo de Rivera. No una emoción voluble, sino una serena y aguzada alegría, deteniéndose un largo rato ante varias de mis impresiones, justamente las que considero mejores. Observando la arena en uno de mis desnudos en la playa, un torso de Margrethe, dijo: "Esto es lo que algunos de nosotros, los 'modernos', estábamos tratando de hacer cuando esparcíamos arena real en nuestras pinturas, o pegábamos trozos de cuerda o de papel, o algunos otros toques de realismo." Con Rivera vino su mujer, Guadalupe. Alta, de porte orgulloso, casi arrogante; su andar era como el de una pantera, de complexión casi tierna, con ojos desafiantes —gris verdes, de contornos oscuros; ojos y piel como nunca antes había visto excepto en algunas señoritas mexicanas. Justo hoy una muchacha norteamericana vino a una cita. "¿Sabe —me dijo— que usted es la comidilla de México? No importa a dónde vaya, ya sea a tomar un té en la tarde, a jugar baraja, su exposición parece ser el tema principal de cualquier conversación. ¡Ha empezado con un cañonazo! ¡Ya casi es famoso en México!"

Incidentalmente somos populares —Tina y yo

hemos bebido y comido hasta hartarnos, y sin embargo hemos rechazado más invitaciones que las que hemos aceptado.

Noviembre 19, por la tarde. Diego y Lupe Rivera estuvieron con nosotros hace un rato. Esta vez arrullándose como dos tórtolos. Todo era “niño esto”, “niña lo otro”; ella usaba un collar nuevo de coral. “En Guadalajara todos creían que Diego era mi padre” —dijo Lupe riendo— “y cuando les aclaré que era mi esposo, dijeron, ‘¿Cómo pudo usted casarse con semejante elefante?’”.

Diego vio el aguafuerte de Picasso que tengo “yo ví a Picasso hacer eso, fue hecho en diciembre de 1908, —no sé por qué lo fechó como hecho en 1905— en la época en que estaba en su periodo cubista. Muchos dijeron que había olvidado cómo dibujar, así que, entre otras razones, lo hizo para desmentirlos. Picasso tenía un defecto; siempre se andaba enamorando de las mujeres de sus amigos, así que continuamente tenía problemas.”

Noviembre 28. A las seis en punto nos reuniremos

con Diego y Lupe Rivera para tomar chocolate. El chocolate mexicano es sumamente famoso, y el de Lupe es el mejor que he probado. Lo manda traer desde Guadalajara y lo prepara con gran arte.

Llevé las pruebas que hice a Lupe para mostrárselas —son las mejores fotografías de cabezas que he hecho en México. Todos estaban entusiasmados. Diego se volvió hacia Tina comentando, “molesta al pintor ver tales fotografías”.

Aprecio a Diego inmensamente —por lo visto Lupe también. Ambos son tan genuinos y francos —demasiado para algunas gentes. La otra tarde Lupe nos contó que había dado al traste con una fiesta al aparecer ahí por accidente, cuando se había entendido expresamente que no sería invitada. La fiesta era en honor de la poetisa chilena Gabriela Mistral, que se marchó a la llegada de Lupe... Ahora no tengo deseos de conocer a la famosa poetisa. Me encuentro a mí mismo separado de la gente que es demasiado simpática.

Rivera nos dijo que un grupo de artistas mexicanos han formado un sindicato, que ellos se consideran y se llaman a sí mismos “trabajadores” y nada



Tina Modotti,
Diego Rivera en un mitin
del Socorro Internacional



Edward Weston, *Pulquería*

más. Me gusta esa actitud y su proclamación abierta. Un verdadero artista no es nada excepto un trabajador, y uno que verdaderamente se fleta.

Rafael y Monna le dijeron a Diego algo acerca de Nueva York. "Si voy allá —dijo—, creo que tendré que dar un giro y pintar anuncios y carteles." Habló de la máquina, "hay tanta belleza en la puerta de acero de una caja fuerte —quizá las futuras generaciones reconocerán a la máquina como el arte de nuestros días". Yo también pienso lo mismo. Se habló mucho de Tehuantepec, el estado más al sur del Istmo, de las hermosas mujeres y sus vestidos. Las mujeres controlan el comercio del estado; los hombres hacen el trabajo físico. El amor libre es una práctica comúnmente aceptada, en detrimento del catolicismo, al que sólo se toma en serio en épocas de fiesta. Los nativos hablan un idioma propio que según algunos estudiosos es la lengua de los antiguos atlantes. La tarde transcurrió entre bromas muy agudas y demasiado rápidas para que yo pudiera comprenderlas. Especialmente las burlas entre Diego y Lupe, que tenían al grupo atacado de risa. El es alto y gordo, ella, alta y delgada. "Tiene pechos como una mujer", dijo Lupe, "y yo no, así que hacemos una unión perfecta". "Diego trata de disimularlos" —continuó Lupe. "Y Lupe se rellena el pecho con algodón" —replicó Diego, y así por el estilo, una y otra vez.

Hoy fuimos de nuevo a la mansión Braniff, de alabastro y hoja de oro; toda la "Unión de pintores" estaba ahí, algunos de ellos, la mayoría, para

darse una buena comida y tomar un trago. Rivera parecía una caricatura animada, con sus dos mentones, sus dos barrigas, y su sonrisa inevitable. Lupe con su "por dios" y "caramba". Jean Charlot, un muchacho francés que me agradó muchísimo, me obsequió uno de sus excelentes grabados en madera. Robelo se veía muy delicado.

Domingo en la mañana. Anoche fue la tercera de nuestras veladas informales. Nuevas caras, García Cabral, Revueltas, miembros del gabinete, generales, etc. —los rostros ausentes de Agueda y Lila me provocaron una gran tristeza. Muchas peleas internas a estas alturas —los mexicanos son tan rápidos para amar como para odiar. Entre los recién llegados, los alemanes son los más alegres. Cabral cantó muy bien algunas canciones argentinas.

"Cuando venimos aquí por primera vez —dijo Charlot—, esperábamos mantener nuestra casa abierta, como ustedes lo han hecho, pero nos rendimos. Seguramente algunos invitados hubiesen acabado disparándole a los focos." Tuve la sensación de que estas reuniones terminarían muy pronto bajo las presentes circunstancias. Es demasiada mezcla. Tal vez sea divertido ver el contraste entre la refinada señora Charlot y los generales mexicanos comparando los agujeros de bala en sus respectivas anatomías, pero es seguro que terminará desastrosamente. Como Diego lo planteó reorganizando mi propia fraseología; "A mí me gusta una cosa o la otra, una fiesta a donde voy con la clara intención de emborracharme, o una con un prospecto más serio."

Domingo, Tina, Chandler y Edward. Galván nos invitó a acompañarlo a un día de campo; en un potente carro que alcanza las sesenta millas por hora, subimos la cuesta a Toluca. Más adelante, pasamos velozmente estudiando a los indígenas y sus burritos, a través de viejos pueblos, luego entre altas montañas. Una vez fuimos detenidos por soldados, listos a la acción, que nos recordaban significativamente la revolución. Pero la cortesía de Galván, y el reconocer entre nosotros a un general, cambió en saludos la anterior actitud de los soldados.

Almorzamos bajo los pinos —tortillas calentadas entre las cenizas de una fogata, frijoles y carne—, y había mucha bebida, —tequila y cerveza. Los mexicanos, naturalmente, llevaban sus pistolas con ellos. "Déjenos ir a disparar, pero guarden unos cuantos tragos, tal vez los necesitemos a nuestro regreso", dijo Galván, que colocó una pelota de ping-pong a unos 13 metros y la agujeró al primer disparo. Los mexicanos rompieron botellas de cerveza haciendo un gran escándalo con sus disparos y luego arrojaron sus cuchillos con gran puntería, pero les gané a todos en salto.

Junio 12. "¿Cómo señorita?", dije, preparándome a regatear el precio de un ramo de mosquetas seducto-



ramente frescas y fragantes. "Quince centavos, señor, muy frescas, muy baratas." Sí, eran baratas, me sentía avergonzado de pensar en regatear y las adquirí sin más palabra. Era el mercado de San Juan, había ido ahí esperando conseguir algunas cosas para los niños, pero principalmente encontré flores y comida. El mercado de flores se alineaba a ambos lados de la calle, a todo lo largo de la cuadra, caminar allí era como transportarse al edén. Hay flores para toda ocasión y estado de ánimo, y las antiguas flores de la niñez de uno, rosas, nomeolvides, margaritas, gladiolas en profusión y las más extrañas plantas tropicales, hermosas, lejanas, al menos para un anglosajón. La disposición de la fruta casi igualaba a la de la Merced. Un mango de manila a cinco centavos completó mis gastos y me apresuré a ir al banco y a más sórdidos aspectos.

Dos meses de renta por adelantado es nuestro contrato con el nuevo dueño; y no son fáciles de pagar, porque mis entradas no han sido muy buenas. Mis prospectos tienen mucho menos posibilidades de adecuarse a tal gasto; tan sólo espero permanecer en México el tiempo suficiente para trabajar y crear más y mejor. ¿Luego?, pues, examino mucho estos días el proyecto de ir a Nueva York. Me parece que es el sitio apropiado para mi regreso. Rafael y Monna van a escribir a la galería Dudensing acerca de mi trabajo, enviarán unas cuantas impresiones y tratarán de arreglar una exposición para el próximo Otoño.

Es una pena dejar México tan pronto, con tanto

por ver y hacer todavía, y con C. interesado en su trabajo escolar como nunca lo estubo en E.E.U.U. —es el primer lugar de su clase, según me dijo ayer en la noche. Pero no puedo continuar en esta incertidumbre, este ir y venir preguntándome qué sucederá después. Si no puedo trabajar en paz aquí, mejor trataré en otro lado.

Es la inestabilidad de México lo que confunde a uno: un país tan rico, tan hermoso; una raza, los indígenas, tan tierna y amable; pero todo salpicado por el lodo de las intrigas políticas y trampas en las cuales mi propio país ha jugado una parte vergonzosa.

Fui a donde los Salas la última tarde. En un punto del paisaje en el camino, las nevadas cimas del Iztaccihuatl y del Popocatepetl flotaban como nubes blancas sobre una bruma gris; separadas de cualquier lazo terrestre, rozando los cielos, permaneciendo ahí con majestuosidad sobrenatural, porque ambas son montañas sobrehumanas. También al Ajusco se veía a la distancia, coronado con una negra tormenta de nubes. Es oscuro y ceñudo, un poderoso pico de roca, un amigo del viento, recipiente de relámpagos, resonador de tormentas, pero terrestre y humano.

Domingo por la mañana. Como es usual, la tarde de ayer hubo una reunión. A medianoche, Frances dijo a los pocos que quedaban, "Vamos al Salón Azteca, es un lugar rudo pero nos divertiremos". Anita, Frances, Tina y también Charlot, Federico, una pareja de americanos, y yo mismo, fuimos al "Gran Salón Azteca."

Tal como dijo, era un ambiente pesado. Lógicamente, por lo tanto, lleno de colorido. Desde el momento en que ninguna restricción de estilo o método existía entre las parejas que bailaban, era posible observar una espontánea exhibición de expresiones personales, deseos, pasiones, lujuria, la más cruda lujuria —pese a que la prostituta francesa era astuta también y además bella, uno no podía menos que preguntarse qué hacía en ese lugar entre mujeres baratas y obviamente putas. Tenía tatuado en el brazo "Pas de chance". El jazz tenía un lugar popular entre la música que tocaban, pero el danzón revelaba mejor el temperamento de mezcla hispano-indígena. Es un baile de tierra caliente —tierra tropical— un lento, lánguido, sensual baile de movimientos provocativos, los pies apenas se mueven sobre el mismo lugar.

Como inconfundibles extranjeros, éramos observados, pero con más curiosidad que hostilidad. Sin embargo, Frances cometió una torpeza al pedirle un vals a la orquesta. Su propuesta fue recibida con silbidos y abucheos, hasta que el líder se levantó y gritó "Familia, recuerden dónde están, esto no es una plaza de toros". Los abucheos de protesta fueron acallados y el vals continuó.